

XII Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología. XXVII Jornadas de Investigación. XVI Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. II Encuentro de Investigación de Terapia Ocupacional. II Encuentro de Musicoterapia. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2020.

Aproximación psicoanalítica hacia el fenómeno del tatuaje.

Rosales, Rodrigo.

Cita:

Rosales, Rodrigo (2020). *Aproximación psicoanalítica hacia el fenómeno del tatuaje. XII Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología. XXVII Jornadas de Investigación. XVI Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. II Encuentro de Investigación de Terapia Ocupacional. II Encuentro de Musicoterapia. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-007/667>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/etdS/vym>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

APROXIMACIÓN PSICOANALÍTICA HACIA EL FENÓMENO DEL TATUAJE

Rosales, Rodrigo

Universidad Nacional de Mar del Plata. Facultad de Psicología. Mar del Plata, Argentina.

RESUMEN

Actualmente es notorio como la imagen del cuerpo toma un valor considerable, haciendo del mismo una pantalla donde se proyectan pensamientos, se comunican y se tramitan experiencias. Consecuencia de ello, el fenómeno del tatuaje ha cobrado un particular interés en el mundo en los últimos años. Es fácil percibir en este tiempo una especie de contagio, de moda en relación al tatuaje, que se define por la indiferenciación. Sin embargo, se podría presumir que los mismos poseen un valor adicional, singular, y significativo para el sujeto que los porta. Es por esta razón, que es interesante pensar al tatuaje desde una perspectiva psicoanalítica, resaltando el valor comunicacional y expresivo del mismo. La piel atravesada por el lenguaje, que hace carne y narra fragmentos importantes de la vida de los sujetos. El cuerpo como el lugar de inscripción de los significantes, la piel como zona erógena, que recibe el contacto de la aguja y la tinta, como borde que comunica el adentro y el afuera. Inscripciones que atraviesan la piel y la mirada que invoca el tatuaje.

Palabras clave

Tatuaje - Psicoanálisis - Cuerpo - Hipermodernidad

ABSTRACT

PSYCHOANALYTICAL APPROACH TOWARDS THE TATTOO PHENOMENON

Currently it is notorious how the image of the body takes considerable value, making it a screen where thoughts are projected, experiences are communicated and processed. As a consequence, the tattoo phenomenon has gained particular interest in the world in recent years. It is easy to perceive at this time a kind of contagion, fashionable in relation to the tattoo, which is defined by undifferentiation. However, it could be presumed that they have an additional, singular, and significant value for the subject that bears them. It is for this reason that it is interesting to think of tattoos from a psychoanalytic perspective, highlighting the communicational and expressive value of the tattoo. The skin pierced by language, which makes flesh and narrates important fragments of the subjects' lives. The body as the place of inscription of the signifiers, the skin as an erogenous zone, which receives the contact of the needle and the ink, as the border that connects the inside and the outside. Inscriptions that pierce the skin and the look invoked by the tattoo.

Keywords

Tattoo - Psychoanalysis - Body - Hypermodernity

Introducción

Actualmente es notorio como la imagen del cuerpo toma un valor considerable, haciendo del mismo una pantalla donde se proyectan pensamientos, se comunican y se tramitan experiencias. Consecuencia de ello, el fenómeno del tatuaje ha cobrado un particular interés en el mundo en los últimos años. Cada vez más personas portan tatuajes, ya sean nombres, frases, fechas, o simbolismos. Su visibilidad se ha acrecentado y son más aceptados por la sociedad, quedando su estigma característico de antaño en el olvido. Sin embargo, aunque esta práctica se encuentra en crecimiento y su alcance es a nivel mundial, y publicitado por los medios de comunicación, se podría presumir que los mismos poseen un valor adicional, singular, y significativo para el sujeto que los porta.

Por lo tanto, es fácil percibir en este tiempo una especie de contagio, de moda en relación al tatuaje, que se define por la indiferenciación. No obstante, y como decíamos más arriba, considerar el tatuaje como una moda de época es paradójico, ya que la moda es transitoria y modificable, en cambio, el tatuaje es algo duradero e inalterable.

El ser humano ha manifestado siempre, por distintos motivos, la necesidad de cambiar su cuerpo. Y la piel humana es muy receptiva a cualquier cambio que queramos introducir en ella. El tatuaje es una de las modificaciones superficiales más sencilla y a la vez más elaborada, que el hombre ha practicado. Consiste básicamente en realizar punciones en la piel con la suficiente profundidad como para que en ellas se pueda alojar un pigmento. Hoy en las urbes modernas se utilizan también sofisticados instrumentos eléctricos, además, es una actividad regulada legal, sanitariamente y profesionalizada, a la que recurren cada vez más individuos por motivaciones muy variadas.

Los sociólogos describen distintas motivaciones por las que el ser humano se hace, o se ha hecho tatuajes: como paso iniciático; para adquirir una vistosa imagen de valor y fuerza; como arma psicológica; como incentivo sexual; como protección mágica; para adquirir determinadas características a través de diseños ancestrales o totémicos; para ser reconocidos después de la muerte; para asegurar la pertenencia a un grupo; para reafirmar adhesión a causas políticas o religiosas; como marca identificatoria; etc. Como observamos, para algunos el acento

esta puesto en el efecto que consciente o racionalmente se aspira a provocar en el que observa el tatuaje en el cuerpo, y para otros, en el efecto que esa marca producen en el sujeto.

Parece, entonces, interesante pensar al tatuaje desde una perspectiva psicoanalítica, resaltando el valor comunicacional y expresivo del mismo. La piel atravesada por el lenguaje, que hace carne y narra fragmentos importantes de la vida de los sujetos. Sujetos que luego se presentarán al espacio de consulta modificados/marcados, por lo tanto con un borde más para problematizar. El psicoanálisis aporta la dimensión del inconsciente, necesaria al momento de suponer que el tatuaje posee: intencionalidad, motivación y un trasfondo psíquico e inconsciente; el tatuaje sería un emergente pulsional que entra en el grafo del lenguaje, no hablado pero sí narrado en simbología sobre el cuerpo.

El cuerpo, la piel, la mirada y el dolor nos convocan a reflexionar en torno a lo que no se dice, lo que no se pone en palabras y se escribe en el cuerpo mediante el tatuaje. El cuerpo como el lugar de inscripción de los significantes, la piel como zona erógena, que recibe el contacto de la aguja y la tinta, como borde que comunica el adentro y el afuera. Inscripciones que atraviesan la piel. La mirada que invoca el tatuaje. La mirada del Otro, el ser mirado, el mirarse.

Nos planteamos, siguiendo a Guerra (2006), la cuestión sobre qué posición deberían asumir los analistas ante la presencia de estos cuerpos tatuados en el espacio de la consulta, este autor sostiene que si se los designa como una forma menor o precaria de expresión psíquica o como una falla de la simbolización, esto nos acerca más al prejuicio que a la interrogación creativa. Es necesaria la apertura de un abanico de cuestionamientos en torno a la práctica, donde se debe escuchar la singularidad de cada sujeto y no reducir este fenómeno al terreno del síntoma o la patologización.

Un poco de historia

Haciendo un poco de historia, encontramos que el término tatuaje proviene de las islas de la Polinesia y revela el vínculo del tatuaje con el pensamiento animista atribuido a las sociedades llamadas «primitivas». Todo lo que existía en la tierra de esas islas estaba animado por los Atuás, es decir los espíritus. Dibujarse (ta: dibujo) el espíritu sobre el cuerpo mediante un ta-atuás permitía beneficiarse con los favores de ese espíritu y resguardarse de sus castigos (Tesone, 2000).

Según la investigación de Reisfeld (2004), las funciones de los tatuajes adquirieron diferentes funciones en distintas partes y épocas del mundo: se utilizó como señal de realeza, símbolo de devoción religiosa; para marcar la transición del joven a la adultez; como distintivo del clan o tribu; como un medio de identificación personal o una forma de demostrar valor o virilidad; como estímulo de atracción sexual; como talismán para alejar a los malos espíritus; como parte necesaria de los ritos funerarios; para diferenciar a la mujer casada de la casadera; como

muestra de amor; como forma de marcar e identificar esclavos, marginados y convictos. También fue usado con fines curativos o preventivos.

Los temas representados eran, generalmente: eróticos, guerreros, religiosos, alusivos a mitos o leyendas, a plantas, animales o escenas de la vida cotidiana. Para realizarlos se utilizaba: hollín, resina, cenizas, sustancias vegetales o animales, mezclados con agua, sangre, orina, esperma o saliva (Reisfeld, 2004).

Actualmente los diversos medios de comunicación han puesto su atención en el fenómeno del tatuaje. Otro aspecto que también contribuyó fue el avance de los procedimientos para tatuar. La máquina eléctrica utiliza agujas descartables y funciona a una mayor velocidad que una aguja de coser. El tatuador lleva guantes y mascarilla. Por otra parte, el tatuaje se masifica en el marco de una época en la que el impacto visual y el cuidado o la modificación de la imagen exterior adquieren suma importancia.

El cuerpo y la Hipermodernidad

Nos encontramos, en la actualidad, en tiempos de globalización, de una economía liberal, del ocaso de las ideologías, de desmedidos avances tecnológicos y de los medios de comunicación; de un consumismo que abarca todo el comportamiento humano. Asimismo, vivimos profundas modificaciones en la forma de concebir la temporalidad y el espacio. La noción de cuerpo se ve irremediadamente afectada por estas variables socioculturales, es por esto, que el cuerpo ha pasado a ser una preocupación fundamental para el hombre contemporáneo.

Todo parece apuntar más a una preocupación por el cuerpo que por el hombre. Según Paula Sibilia, en “El Hombre postorgánico” (2006), el cuerpo humano, biológico, se está volviendo obsoleto, y la esperanza está puesta en el encantamiento digital, contemplando la anulación de las distancias geográficas, la suspensión de las enfermedades, del envejecimiento, y hasta el triunfo sobre la muerte.

El sociólogo polaco-británico Zygmunt Bauman (2002), a través de su metáfora de la “modernidad líquida”, considera que la época estable y duradera del capitalismo industrial y el Estado-nación ha dado lugar a una modernidad líquida donde la realidad social y las interacciones que en ésta se dan, son fluidas e inestables.

En un mundo cada vez más conectado, las relaciones interpersonales se diluyen y las solidaridades se extinguen sustituidas por la virtualización de las redes sociales. Cae la imagen y los valores universales desaparecen, al mismo tiempo se esfuma la sensación de seguridad y solidez, la certeza de pautas y hábitos internalizados, la afirmación de ciertos valores transmitidos dejando al hombre desprotegido y ajeno a sí mismo. De modo que todo recae ahora sobre los individuos (Araujo, 2013).

El cuerpo se convierte en una especie de socio al que se le pide la mejor postura y las sensaciones más originales. Además, se debe reducir el sufrimiento lo máximo posible dado que el cuerpo debe prestar al sujeto satisfacción y resistencia sin dejar de

ser elegante y seductor (Le Breton, 2002).

Se observa, actualmente, la constante necesidad de exponer experiencias, pensamientos, emociones con el entorno, sobre todo mediante las redes sociales, con la finalidad de que las demás personas se conviertan en jueces y puedan avalar lo que se muestra. En relación a esto Byur-Chan (2013) plantea que “cada sujeto es su propio objeto de publicidad”, todo se cataloga en función de su grado de transparencia. Aquí comenzamos a acercarnos al fenómeno del tatuaje.

El cuerpo según el psicoanálisis

El inicio del psicoanálisis coincide con el descubrimiento de síntomas psíquicos que se manifiestan en el cuerpo, que dieron el nombre de conversión histérica. Interpretado como un “lenguaje de cuerpo” que esconde un discurso propio y singular, Freud (1894) intenta, en sus primeros historiales clínicos, descifrar la expresión simbólica del síntoma.

Es característico, además, la posición del psicoanálisis que manifiesta un lugar privilegiado para el cuerpo en torno a los momentos inaugurales de la fundación del psiquismo. A través de los actos y gestos de cuidado el cachorro humano establece sus primeros intercambios con el otro auxiliador, y consecuencia de esto, es el desarrollo de su estructuración psíquica. El cuerpo puede ser pensado como el “soporte material de ese proceso”, como sostiene Piera Aulagnier (López de Schroeder, 2004).

Siguiendo a Lacan, el cuerpo indefenso, del infans, hereda una ubicación en un lenguaje que lo antecede resignificándose repetidamente. Es un cuerpo con amarras. Éstas, son las marcas de la relación pulsional con el semejante que se encuentra a su vez marcado, que está inserto en la cultura. Serían señalizaciones, balizas para el curso del goce y el deseo. Deseo que está presente en el origen y en el destino del cuerpo.

Piera Aulagnier (1996) define esto como una «violencia primaria» necesaria y estructurante, toda vez que ella, como portavoz de un discurso ambiental, se anticipa en sus palabras y acciones a un conocimiento que él aún no posee. Así, esta temprana interacción entre el cuerpo del niño y los cuidados maternos es descrita como «el cuerpo hablado y el placer por quien lo habla» (p. 251). Esto es, la importancia de una madre cuyas palabras comporten una cualidad erótica que, al nombrar las distintas partes de su cuerpo y sus funciones, lo inscriba en la red del deseo. La gradual integración de las zonas eróticas hará surgir una imagen unificada del cuerpo a la vez que el niño se irá apropiando de estas palabras; goce de un cuerpo unificado que puede también verse representado en el cuerpo del otro. Sin embargo, si en este “cuerpo hablado” falta un término que designe una función y una zona erótica, o si éste existe pero no conlleva para el niño y para la madre una vivencia placentera, “esta función y este placer pueden llegar a faltar en este cuerpo a secas”

Estas marcas nos acercan a pensar un cuerpo mapeado eróticamente, siguiendo pautas de la historia singular y cultural de cada sujeto, de dolor y placer, de encuentro y pérdida, depen-

dientes de ese otro materno.

El desafío que se nos presenta es analizar las marcas que sí se ven, y sobre todo con las marcas que se propician voluntariamente sobre la piel como es el tatuaje.

Francoise Dolto (1986), por su parte, especifica la diferencia el esquema corporal y la imagen del cuerpo. El esquema corporal es el cuerpo biológico con todos sus recursos potenciales para actuar en el mundo físico; en el segundo, nos remitimos a una dimensión inconsciente y, por ende, propia de la historia personal. La imagen del cuerpo, en su entrecruzamiento con el esquema corporal, da cuenta de la forma de comunicarnos con el otro. Soporte del narcisismo, se configura en el campo de una intersubjetividad signada por el vínculo con los padres y mediante el lenguaje como medio de simbolización.

En resumen, y desde la teoría psicoanalítica, se piensa un cuerpo erótico o libidinal, y no se opera con el cuerpo real biológico. El cuerpo así entendido es fundamentalmente portador de un símbolo, tal como ocurre en la histeria.

Hecho este recorrido teórico, comprendemos que el cuerpo ha pasado a ser un vehículo importante en la expresión de los actuales conflictos psíquicos, no sólo desde una vertiente francamente patológica, sino también a través del auge de prácticas que, como el tatuaje, posibilitan la canalización de una amplia gama de situaciones inconscientes. Este fenómeno, actualmente masivo, resulta un emergente más de una cultura que prioriza la noción del cuerpo-imagen como vía de valoración social. (Reisfeld, 2004)

La piel, el dolor y la mirada

En términos generales, la piel es tratada en el tatuaje como una superficie o pantalla donde proyectar una amplia gama de fantasías, afectos o situaciones conflictivas fundamentalmente inconscientes.

La piel que recubre el cuerpo opera como un primer límite entre el organismo y el mundo externo. Además, recibe estímulos que provienen tanto del interior como del exterior (Reisfeld, 2004).

Freud (1905), plantea que la piel es una zona erótica por antonomasia, ya que cualquier sector de ella puede tornarse en sede de excitaciones placenteras. Hay una estimulación interior que se expresa como tensión displacentera que se proyecta en la piel, y otra externa, en el que destaca el contacto de piel a piel como un componente de la pulsión sexual. Nos dice: “es un sector (...) en el que estimulaciones de cierta clase provocan una sensación placentera de determinada cualidad”. (p.166).

En la práctica del tatuaje, se puede relacionar esta referencia, con la gratificación a través del contacto con las agujas y la tinta. Ángel Garma (1970), interpreta que tanto la ropa como los tatuajes, representarían la protección de la madre primitiva para con el recién nacido, tal como éste aparecería cubierto por las membranas fetales.

De esta forma, el tatuaje resulta el medio más efectivo para recordar y elaborar lo que se ha vivido en un momento particu-

larmente significativo.

Reisfeld (2004) sugiere que en algunos jóvenes existiría un déficit en su capacidad de lograr una representación psíquica, por cuya razón el cuerpo pasa a elaborar conflictos o tramitar afectos, sin que ello excluya un eventual trabajo psíquico mediante la percepción del dibujo tatuado. En este caso, el tatuaje adquiere la connotación de un necesario «operador psíquico» que posibilita un tramo a la simbolización.

De modo similar, Bick (1970), hipotetiza la existencia una «segunda piel» que sustituye una función primariamente no adquirida y que asume un rol de sostén y contención de las proyecciones, organizándolas en alguna forma coherente a través de los distintos dibujos. La percepción de cada tatuaje y la vivencia de consustancialidad con éste devolverían al sujeto una versión menos aterradora, quizás más atenuada y controlada, de sus angustias más tempranas.

Se trataría, por lo tanto, de personas para quienes toda la experiencia de tatuarse ha adquirido la significación de procurar llenar carencias muy primarias, donde el componente vivencial de la piel junto con la mirada, la voz, las palabras y los cuidados del tatuador configuran una situación de características tempranas. Didier Anzieu (1998), por su parte, plantea de noción del “yo-piel”, instancia previa y necesaria para el establecimiento del “yo” propiamente dicho. La piel psíquica se apoya en las funciones de la piel corporal. Es así que si los primeros contactos son óptimos, la piel se convierte en la frontera entre el “yo” y el “no yo”, dando lugar a una vida psicósomática propia. El fracaso de la función contenedora del objeto provoca por un lado, un “estado de excitación pulsional permanente y difuso” que se intenta manejar mediante una corteza sustitutiva de dolor físico o angustia psíquica. Así el cuerpo obtiene vía el sufrimiento su indicio de objeto real. Y por otro lado, el fracaso puede provocar un “yo-piel” donde los recuerdos o los pensamientos se conservan con dificultad, y predomina la ansiedad de un interior que se vacía, que se escapa.

En este último caso, podemos ingresar en el terreno del dolor. Las posibles consecuencias de un déficit en su constitución ilustran cómo el sujeto procura configurarse una nueva envoltura que lo sostenga, aun cuando se trate de una signada por el sufrimiento. En particular, la provocación de un dolor físico puntual permitiría ligar (contener) estados de tensión o angustia difusa.

En relación a esto último, en Más allá del Principio del placer (1920), Freud refiere que, en relación a la neurosis de guerra, las posibilidades de contraer neurosis se reducen cuando el trauma se acompaña de alguna herida física. Explica que la violencia mecánica del trauma liberaría una cantidad de excitación sexual, cuya acción traumática es debida a la falta de apronte angustiado, y por otro parte, plantea que la herida física ligaría el exceso de excitación.

A partir de esto, podemos reflexionar que la práctica del tatuaje, funciona en algunas situaciones, como una canalización de

excitación pulsional. Reisfeld (2004) subraya dos cuestiones en relación a esto:

1) El dolor psíquico es transferido a un dolor somático, lo cual nos habla de un proceso de drenaje de la tensión.

2) Se posibilita una descarga dosificada y limitada al tatuaje, lo cual sirve al propósito de un objetivo estéticamente valorado. Por tanto, el dolor cumple funciones específicas para el equilibrio de una economía libidinal y psíquica en general.

Benno Rosenberg (1995) privilegia el lugar del masoquismo en la constitución y posterior evolución del psiquismo. Siguiendo la descripción de Freud del masoquismo erógeno primario, el autor destaca ese momento en que la pulsión de muerte queda anudada a la pulsión de vida a través de la coexcitación libidinal. Esta ligadura posibilita la constitución del aparato psíquico, en tanto que el dolor y el displacer quedan primariamente erotizados al servicio de una tendencia protectora que los vuelve tolerables. Esto quiere decir que existe un núcleo masoquista erógeno que funda la subjetividad en la medida en que «el sujeto se reconoce como sujeto sólo a partir de la vivencia masoquista» (p. 96). En esencia, aprender a soportar las tensiones es básicamente un aprendizaje masoquista.

En suma, cuando estas tensiones se tornan excesivas o desbordantes, se producen maniobras defensivas que buscan restablecer un equilibrio masoquista necesario para la autoconservación. Esta idea permite comprender por qué una práctica alcanza tanta relevancia aun cuando conlleve cierta experimentación de dolor. Siguiendo a Rosenberg, Reisfeld (2004) conjetura que el tatuaje posibilita la expresión de un masoquismo grupalmente compartido.

El acto de ser tatuado conlleva una sensación dolorosa que se intenta soportar. Estamos en presencia de nuevas formas de subjetivación y de consolidación de la identidad donde el dolor es uno de los fenómenos que la caracterizan. Éste dolor compartido, sobre todo en los adolescentes, inaugura toda una red de vínculos por la pertenencia al grupo de personas tatuadas. Por otro lado, el dolor cumple un papel iniciático al momento de tatuarse, dado que el poder «soportarlo» adquiere la significación de una prueba de virilidad o, en líneas generales, la de una apropiación del cuerpo. (Reisfeld, 2004)

Pasemos ahora al concepto de mirada. Freud (1905), en Tres ensayos sobre una teoría sexual aborda el descubrimiento de la diferencia sexual y los avatares del complejo de castración, conectando la pulsión de ver con el voyeurismo y el exhibicionismo. Nos informa:

La impresión óptica sigue siendo el camino más frecuente por el cual se despierta la excitación libidinal. [...] la ocultación del cuerpo, que progresa con la cultura humana, mantiene despierta la curiosidad sexual, que aspira a completar al objeto sexual mediante el desnudamiento de las partes ocultas. (Freud, 1905: 142).

En el placer de ver y exhibirse, el ojo cumple la función de una zona erógena. Lacan (Lacan, 1964/1986) habla de la mirada

como el objeto de la pulsión escópica. Si bien retoma a Freud introduce modificaciones sustanciales. Esta mirada trasciende la fenomenología de lo visual, aquello que se coloca ante el ojo vidente, y permite referir a una mirada preexistente, que permite ser mirado desde todas partes. Con referencia a la pulsión escópica, cita a los filósofos Jean Paul Sartre y Maurice Merleau-Ponty, para luego tomar distancia y plantear la función y características de la mirada desde el psicoanálisis.

Lacan diferencia entre “mirar un objeto extraño, un objeto propiamente dicho, a ser mirado por una persona extraña (...) La raíz de la pulsión escópica ha de aprehenderse por entero en el sujeto, en el hecho de que el sujeto se ve a sí mismo. La mirada solo se interpone en la medida que el que se siente sorprendido es el sujeto que se sostiene en una función de deseo, lo cual implica su dependencia del Otro.

Lacan (1964/1986), hace referencia a la manifestación mimética que evoca la función de los ocelos para distinguir la función del ojo y de la mirada. Estos ojos falsos, que en realidad nada miran, dejan ver que en la emergencia de la mirada, para que un sujeto se sienta capturado, no se requiere de la presencia de un ojo que efectivamente le mire. Éste ejemplo marca “la preexistencia de un dado-a-ver respecto de lo visto” (p.82)

El exhibir una parte del cuerpo marcada, hacia otro, indica que puede estar presente una satisfacción por el hecho de sostenerse en una mirada. Esta satisfacción también puede estar presente cuando el portador de un tatuaje mira su propio cuerpo.

Es de resaltar que la mirada deviene un vector esencial en la práctica del tatuaje. Reisfeld (2004) esboza algunas ideas interesantes en relación a la mirada y al tatuaje: por un lado, la expansión actual del tatuaje nos habla de un determinismo de la mirada, según la autora, hay una tendencia activa a procurar ser mirado y reconocido como entidad subjetiva. En este caso, el tatuaje, aun cuando se lo conciba meramente como un adorno corporal, ha pasado a constituirse en un símbolo de identificación personal.

Por otro lado, la autora, siguiendo a Freud con la “pulsión de ver”, manifiesta que en la experiencia subjetiva de portar un tatuaje, la mirada contempla el interjuego de tres movimientos placenteros: la posibilidad de mirar(se) el propio tatuaje (placer de autocontemplación), ser mirado (placer de exhibirse) o mirar otros tatuajes (placer de ver).

Por último, sostiene que el narcisismo también participa de la mirada, ya sea en tanto vivencia de completud o como apuntador de la autoestima, el tatuaje ha pasado a formar parte de su cuerpo, y se espera suscitar una mirada en el otro.

Tatuaje y Psicoanálisis (Consideraciones finales)

Una de las primeras reflexiones a las que nos acercamos, en relación a este paradigma de la “hipermodernidad”, es que la inscripción permanente en la piel del tatuaje se puede pensar como otra forma de satisfacer la necesidad de retener el tiempo, ese tiempo que se hace líquido y no podemos asir con las

manos. Donde el tiempo cronológico devasta los tiempos subjetivos, necesarios para la salud psíquica (Araujo, 2013. p 36). La ilusión de inmortalidad recae sobre el cuerpo, donde las enfermedades, el envejecimiento y la muerte no le incumben más a él. Es por esto que el tatuaje posibilita externalizar un amplio espectro de situaciones afectivas a la vez que constituye, bajo ciertas circunstancias, un medio eficaz para ligar y dotar de representabilidad a estados internos de tensión o angustia. (Reisfeld, 2004)

Planteamos la hipótesis de no definir a los tatuajes desde una vertiente patológica, como síntomas, sino como un emergente más de esta cultura que pregona la imagen, y donde el cuerpo se convierte en el vehículo principal para la expresión de conflictos, emociones, pensamientos. No lo pensamos como un simple simbolismo, o una moda paradójicamente pasajera. Y como sostiene Reisfeld (2004) lejos de una falla en simbolización, los tatuajes facilitan/viabilizan la “canalización de una amplia gama de situaciones inconscientes”.

Como desarrollábamos más arriba, el cuerpo es el soporte material que posibilita la formación del psiquismo en la infancia, ya que dicho cuerpo es un armamento erótico, siempre en relación a otro. En el fenómeno del tatuaje, el cuerpo se transforma en un banco de memoria, en un álbum fotográfico, en una historieta que narra los acontecimientos clave de vida de los individuos, los tatuajes impiden el olvido de las experiencias y los objetos vinculados a ellas (Reisfeld, 2004). Se construye así una “imagen de cuerpo” renovada y apropiada a las representaciones subjetivas de cada individuo fortaleciendo mediante el tatuaje la búsqueda de sentido e identidad. (Le Breton, 2006. p. 4)

Christopher Lash (1999), nos dice que es de cabal importancia el grupo de pares y la modificación del rol de las instituciones y de la familia para la transmisión de la cultura. Actualmente existe una mayor dependencia de la «visibilidad» y el «manejo de la imagen» como forma de reconocimiento social. En muchos adolescentes el tatuarse crea la ilusión de creación del objeto, de intento de dominio y trascendencia. El tatuaje en la piel, al redimensionar la imagen de ese cuerpo infantil perdido, se aleja de los padres, y se apropia de su nuevo cuerpo adolescente. En otro extremo puede transformarse en la constatación de una fantasía de completud y autogestación donde el efecto de esa marca en el cuerpo rige su vida. (López de Schroeder, 2004).

Es la piel trenzada con la mirada, propia o la del otro, la que pasa a contener los momentos representativos de una nueva identidad, al punto de que, en algunos casos, la identidad son los tatuajes del sujeto. Mirar otros tatuajes y ser mirado por los propios remite no sólo al placer de ver y exhibirse, sino también, y fundamentalmente, a la búsqueda de aquello que permita constituir una identidad (Reisfeld, 2004).

Es notorio, que los prejuicios hacia el tatuaje han disminuido dando lugar a una “forma aceptable de arte”. Y que el tatuaje como estigma ha quedado casi sepultado, hoy en día se tatúan personas reconocidas de distintos ámbitos profesionales, ac-

tores y conductores famosos, futbolistas, etc. Sin embargo, es interesante pensar, como lo hace López de Schroeder (2004), si el rechazo, que todavía podemos observar en la actualidad, al tatuaje se debe a que esa transformación del cuerpo voluntaria, esa metamorfosis como un moderno “Frankenstein”, contradice la creencia de un cuerpo natural, y es considerado como un cuerpo cultural, erógeno, finito, que goza y es capaz, y hasta esperable, que su imagen se modifique.

En suma, y para ir finalizando, podemos decir que aunque el tatuaje se convierte en un artificio cada vez más a la moda y un objeto de consumo, sería un error confinar dicha práctica únicamente a esta dimensión o considerarla una actividad “adolescente”, “transgresora”, “marginal” o “patológica”, ya que estas huellas de tinta en la piel se transforman en un sello simbólico de determinado hecho significativo con el que se busca constituir una identidad propia, historizar y procesar cuestiones, como duelos, pasajes al acto, que conciernen a la singularidad propia del sujeto; constituyendo una forma de procesamiento de lo pulsional que adquiere las dimensiones que el sujeto le pueda dar.

BIBLIOGRAFÍA

- Anzieu, D. (1998): *El yo piel*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Araujo, A. M. (2013). *Todos los tiempos el tiempo*. Montevideo: Psicolibros.
- Aulagnier, P. (1996) *La Violencia de la Interpretación* Buenos Aires: Amorrortu.
- Bauman, Z. (2002) *Modernidad Líquida*. Mexico: S.L. Fondo de Cultura Económica de España.
- Bick, E. (1970) *La experiencia de la piel en las relaciones de objeto tempranas*, Revista de Psicoanálisis, XXVII, no 1.
- Byung-Chul, H. (2013). *La sociedad de la transparencia*. Gabás, R. (trad.). Barcelona: Herder.
- Dolto, F. (1986) *La imagen inconsciente del cuerpo*, Barcelona: Paidós.
- Freud, S. (1894): *Las neuropsicosis de defensa*. En Obras completas. Buenos Aires. Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1905) *Tres ensayos sobre una teoría sexual*. . En Obras completas. Buenos Aires. Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1920) *Más allá del principio del placer*. En Obras completas. Buenos Aires. Amorrortu Editores.
- Garma, A. (1970) *Nuevas aportaciones al psicoanálisis de los sueños*. Buenos Aires, Paidós.
- Hornstein, L. (1991) *Cuerpo, Historia, Interpretación: Piera Aulagnier: de lo originario al proyecto identificador*. Buenos Aires: Paidós.
- Krakow, A. (1994) *The Total Tattoo Book*, Nueva York, Warner Books, Inc.
- Lacan, J. (1964): *La esquizia del ojo y de la mirada*. En El Seminario. Libro 11. *Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.
- Lash, C. (1999) *La cultura del narcisismo*. Santiago de Chile, Andrés Bello.
- Le Breton, D. (1995) *Antropología del cuerpo y modernidad*, Buenos Aires, Nueva Visión.
- Reisfeld, S. (2004) *TATUAJES: Una mirada psicoanalítica*. · Buenos Aires, Argentina: Paidós.
- Rosenberg, B. (1995) *Masoquismo mortífero y masoquismo guardián de la vida*. Valencia: Promolibro.
- Schilder, P. (1977) *Imagen y apariencia del cuerpo humano*. Buenos Aires: Paidós.
- Schroeder, A. (2004) *Tatuajes hoy*. Revista de APPIA. Buenos Aires - Agosto 2004 - N°. 15.
- Sibilia, P. (2006) *El hombre postorgánico: cuerpo, subjetividad y tecnologías digitales*. Buenos Aires: S.L. Fondo de Cultura Económica de España.
- Tesone, J. E. (2000) *El tatuaje y el escudo de Perseo*. Buenos Aires, Argentina. Asociación Argentina de Psicología y Psicoterapia de Grupo. TOMO XXIII Número 2 - 2000.